

22 de septiembre 1944

**Arte-Artistas
- Belleza -**

El Teatro de Tabarín

Por Manuel López Pérez

I

Creemos firmemente que en la verdadera Comed'a no es ridículo el actor sino el espectador que ríe. Ríe, porque no comprende. Se da cuenta de la expresión, pero la intención pasa desapercibida. El verdadero signo de la Comedia es la sonrisa, no la carcajada. Lo cómico, en la escena, es una subraya, no una falsificación. Es un llamado a la inteligencia para que no vea, tan solo, la realidad de la farsa. Tal pasa, en el Teatro, desde la ironía genial de Aristófanes hasta Molierre y Baumarehais. Se encuentra discurso, razón pura, en el trabajo del comediógrafo; su afán no es el simple empeño de hacer reír. Su fin es la virtud, la virtud concebida en los marcos augustos del pensamiento griego. Por eso la mano que escribe Comedia, no es la mano crispada que se aplica al cuerpo para producir la risa mecánica. Es algo más noble. Todo un sentido de la vida. Un acento profundamente crítico. Valorativo.

Sino que la orfandad del genio siempre ha traído consigo confusión y falsedad, y no es ninguna audacia decir que en los campos de la producción artística se ha confundido —cosa increíble— la belleza con la fealdad; el amor con el deseo; la perfección con la vulgaridad; la expresión humana con el signo animal y en materia de Teatro, la Comed'a con la grotesca pantomima. No obstante que Grecia nos legó el señuelo de su sonrisa, desde hace muchos siglos, su aristocracia no ha sido plenamente comprendida, por la plebe y para la plebe, sino para los hombres de Atenas, selección la más perfecta de todas, a través de la Historia. Quizá por ello, a cada metamorfosis de las sociedades humanas, corresponda un nuevo ensayo balbuciente en todas las actividades creadoras; como a la oratoria inmóvil de Pericles, sucedió, en la ciudad de Pallas, la oratoria de carnicerio de Dion el demagogo.

II

Como no estamos de acuerdo con la realidad actual que inspira la obra teatral que padecemos, tratamos, con espíritu crítico, de encontrar sus antecedentes y sus características; y como la cuerda principal que mueve a nuestros actores parece ser la cuerda cómica dándole la acepción popular— henos aquí ante lo que, creemos, es el modelo de nuestro teatro, frívolo, superficial y vacío.

De 1619 a 1626, el pueblo de París se aglomeró en torno de un tablado construido en la Plaza Delfina, frente a la estatuta de Enrique IV. Allí aplaudió a Tebarín, el payaso de Mondor, que inventó la charlatanería. Su nombre —como el de Cantinflas— fue tan solo un apodo (tabar, capa italiana). He aquí algunos rasgos de su figura, descrita por el autor de las "invenciones tabarinescas": cabeza alargada en punta como campanario de iglesia, cabellos rígidos cual púas de puerco espín, —no es alusión a Palillo— nariz roma y boca hendidida hasta las orejas —tampoco es alusión a Cantinflas—. Su "escuela" fue la simple que aún "divide" en nuestros escenarios. Se propone una cuestión burlesca, Mondor la contesta en forma doctoral y a esto responde Tabarín con una bufonada o con una desvergüenza.

Es difícil citar a Tabarín —dice Saint Victor— porque cuando se recorre su repertorio, parece que se anda sobre cosas que no son precisamente carbones encendidos. Este bufón audaz es como el mozo de cuadra de Rabelais, remueve el estiércol con la pala; su boca pa-

(Pasa a la página 8.)